

LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

ARTHUR
SCHOPENHAUER
UNA BIOGRAFÍA

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Luis Fernando Moreno Claros
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Arthur Schopenhauer*, de Wilhelm Busch

ISBN: 978-84-19958-31-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 755-2024

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
----------------	---

I. LOS ANTEPASADOS

La ciudad de Dánzig y los antepasados de Arthur	21
El padre del futuro filósofo	39
La madre	50
Un matrimonio bien avenido	64
El primogénito	77

II. NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

El pequeño Arthur	88
Nueva vida en Hamburgo	93
En El Havre	97
Primeros pasos en el arte de saber vivir	103
Verano de 1800	110
<i>Monsieur le négociant</i>	118
El gran <i>tour</i> europeo de 1803 y 1804	124
La hipocresía de la religión y el placer de las alturas	140
Regreso a la tierra	155
Muerte del padre	159
Johanna en Weimar	162
El «bautismo de fuego» de Johanna	167
El salón de madame Schopenhauer	173
El joven insatisfecho	177
Caída en el «cieno terrenal»	181
Liberación	188

III. SCHOPENHAUER ESTUDIANTE

En Gotha y Weimar	194
En Gotinga	206
Platón, Kant, Shakespeare y Calderón	215
En Berlín	222
Un «sistemita»	230
Hazañas bélicas y combates familiares	236
La cuádruple raíz de un principio	243
Los «molestos aguafiestas»	253
Majer, el <i>Oupnek'bat</i> , Duperron	269
El astro rey de los poetas y los colores del filósofo	275

IV. SCHOPENHAUER ERRANTE

En Dresde	286
Otra vez Goethe	292
Krause, de nuevo el <i>Oupnek'bat</i> y el dolor del mundo	298
La gran obra	305
<i>Die Welt als Wille und Vorstellung</i>	314
Idea general	314
La representación y la voluntad	318
Dolores y sufrimientos del mundo	325
Liberación ética y estética	328
Primer viaje a Italia	333
Revés de la fortuna	344
Docente universitario	348
Sinsabores y disgustos	360
Segundo viaje a Italia	365
Enfermedades, convalecencia y resignación	371
El desengaño en Berlín: Baltasar Gracián	378
Adiós a Berlín, saludos a Fráncfort	398

V. EL SOLITARIO DE FRÁNCFORT

Una carta al amigo de la infancia	414
Nuevas obras, nuevos anhelos	426
El mundo renovado	437
Los primeros «evangelistas»	444
La dulzura de la costumbre	449
La «comedia de la fama»	455
La muerte del filósofo	472
<i>Cronología</i>	479
<i>Abreviaturas</i>	483
<i>Bibliografía</i>	484



PRÓLOGO

Entonces, ¿quién soy yo de verdad? Pues ese que ha escrito *El mundo como voluntad y representación* y que ha dado tal solución al gran problema de la existencia que deja obsoletas las precedentes y que, en cualquier caso, mantendrá bien ocupados a los pensadores de los siglos venideros.

ARTHUR SCHOPENHAUER,
sobre sí mismo
(«Eis heautón», § 8)

El genio desconocido no existe ni ha existido nunca [...] quienes realmente son geniales acaban disfrutando siempre de una amplia recepción entre sus contemporáneos. Es natural: si hay en el mundo un bien escaso, ése es el raro don de los genios.

JAVIER GOMÁ LANZÓN,
Todo a mil

El filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860) es —quizá junto con Friedrich Nietzsche— uno de los pensadores más leídos y celebrados por quienes poco o nada tienen que ver con la filosofía como profesión. Hasta hace sólo escasas décadas, fue un autor incluso despreciado en ambientes académicos por los profesionales de esta disciplina, pues lo consideraban más cercano a la literatura y a la simple es-

peculación metafísica diletante que a la filosofía de carácter técnico y actual: postkantiana, postmoderna, positivista y lógica, wittgensteiniana o heideggeriana. Y es que su lenguaje filosófico se prestaba con deficiencia a las especulaciones crípticas que tanto caracterizan a dichos profesionales. En España, al contrario que en Francia, Alemania y Europa Central, se lo tuvo durante demasiado tiempo por filósofo popular y secundario, entre otras cosas debido a la supuesta facilidad de comprensión de su pensamiento, una suposición, huelga decirlo, que sólo podía provenir de su absoluto desconocimiento. Esto explica que entre los profesionales de la filosofía académica se lo haya despachado de un plumazo con apenas dos palabras cauterizadoras: «pesimista» e «idealista», por ejemplo; además de añadirle la nefanda etiqueta de «misógino», cuando no «antifeminista». Tales son los tópicos esgrimidos por quienes lo conocen de oídas o por la lectura de alguno de sus ensayos más divulgados, en particular, aquellos que versan sobre los dolores del mundo, la muerte y las mujeres.

En las universidades españolas era infrecuente estudiar el pensamiento de Schopenhauer o, si acaso, se lo tenía en cuenta sólo de manera muy superficial. Tampoco las versiones fragmentarias de sus obras, las traducciones deficientes de sus escritos, contribuyeron a que se conocieran sus ideas como es debido. En la actualidad el panorama es distinto, y la visión que solía tenerse de su filosofía se ha transformado radicalmente al desligarse del tópico y el desconocimiento.

Desde hace algunos años los profesores universitarios españoles se ocupan cada vez más de explicar a Schopenhauer, y hasta en los institutos de secundaria se comenta algún libro suyo. Las traducciones de sus obras al castellano y demás lenguas de España son abundantes y rigurosas. En apenas una década, entre los años 2002 y 2009, han visto la luz nada menos que tres versiones nuevas y completas en castellano de *El mundo como voluntad y representación*, así como

dos nuevas traducciones de *Parerga y paralipómena*, a lo que hay que añadir multitud de cuidadas ediciones de opúsculos y tratados sueltos, cartas y fragmentos extraídos del legado póstumo de Schopenhauer.

De manera que Schopenhauer, en la actualidad, es de los más famosos entre los denominados «clásicos de la filosofía», al menos en lo que se refiere a la preferencia del público no especializado ni académico; filósofos tan importantes como Spinoza, Hume, Descartes, Kant o Platón y Aristóteles no gozan hoy de semejante aceptación popular.

Existe una tendencia contemporánea en el ámbito ensayístico e intelectual norteamericano y europeo que sin duda ha contribuido a la popularidad de Schopenhauer: la divulgación de las teorías filosóficas clásicas y las vidas de los filósofos mediante libros fáciles en los que de manera somera—y a menudo hartó tópica—se narran las gracias y las ocurrencias de cada pensador como si de un ferial de bichos raros se tratara. Ello se debe en parte a un desinterés generalizado del público lector por el pensamiento profundo que exige paciencia y dedicación; pero a la vez responde a la exigencia de este mismo público de que se le explique con claridad y de una vez por todas qué dijeron en definitiva los grandes pensadores de los problemas que les ocuparon y que en última instancia nos atañen a todos. Desde esta perspectiva, Schopenhauer es y continuará siendo popular, puesto que su vida se presta a la glosa de multitud de anécdotas que ilustran su extravagancia personal, y su filosofía puede ser explicada con cierta sencillez.

Simplificando hasta rozar lo absurdo, puede afirmarse de una persona que, en virtud de su originalidad, «se la ve toda entera en cada gesto que hace», y lo mismo puede aplicarse a la filosofía de Schopenhauer, ya que es fácilmente proclive a reducciones explicativas; por ejemplo, a definirla entera con una sola sentencia tan certera como ésta: «*Alles Leben ist Leiden*», ‘la vida es sufrimiento’.

Lo fundamental ahora no estriba en discutir si con esta única afirmación resumimos de verdad la filosofía de este pensador. Más bien debemos preguntarnos si podemos comprender semejante aserto en su justa medida sólo con leerlo; es dudoso que así sea. Quien desee hacerlo tendrá que familiarizarse con los principales escritos de Schopenhauer para contextualizar y entender la mencionada proposición con sus implicaciones y entresijos. Por lo demás, este filósofo no es precisamente de los que suelen aburrir a sus lectores, pues en sus obras caben tanto profundas especulaciones metafísicas como multitud de ideas ocurrentes y sentencias chocantes. Leerlo a fondo no es ninguna tortura. Conviene adentrarse en los vastos paisajes que traza en lugar de quedarse sólo en las lindes del conocimiento de las anécdotas y las breves sentencias que de él puedan destacar las simplificaciones filosóficas. Los libros del subgénero que mencionábamos anuncian, como si fueran meras señales de proximidad, el país más extenso y misterioso de los grandes filósofos. Sirven para despertar interés y expectativas, son como campos base en los que los montañeros que quieran alcanzar las altas cumbres no deben acomodarse y permanecer largo tiempo. De ahí que siempre sea más saludable leer a los grandes filósofos en sus textos originales que consolarse con explicaciones ajenas. Y Schopenhauer es un autor que, como decimos, se lee con placer—y tal afirmación raya ya el tópico—; quizá sea de los filósofos que menos explicaciones ajenas requieren; él mismo se jactaba de ser muy claro y de que su filosofía habla por sí sola, prescindiendo de glosas ajenas.

Si por algo destacan los libros del «sabio de Fráncfort» —así lo conocían cuando alcanzó la fama— es por la claridad y la elegancia de su estilo. «Quien piensa bien escribe bien», sentenció; y no dudaba en ofrecerse como el mejor y más explícito ejemplo de su aserto. Consideraba, además, que el estilo es inseparable de la personalidad de quien lo ostenta. Y que el poder de la suya se revelaba con suma pureza en

cada línea que había escrito. Su obra fue para él como un órgano más de su cuerpo, inseparable de su ser, pues pensaba que en ella plasmaba para la posteridad «lo mejor de sí mismo», esa parte suya intelectual e impercedera.

Nietzsche observó con acierto y originalidad que la filosofía de Schopenhauer, la totalidad de su poderoso y bien trabajado sistema metafísico, era ni más ni menos que una magnificación de la persona de su autor, es decir: «un Schopenhauer en grande».¹ Tamaña afirmación apela a la experiencia personal de Nietzsche. Recordemos que su amor confeso por la filosofía nació en gran medida de la admiración que sentía por la personalidad de los filósofos antiguos. El portentoso carácter de los primeros pensadores de Grecia, cuyos textos comenzó a estudiar como filólogo, impactó en él; más que las teorías de los primeros pensadores, fueron los hombres que las preconizaron, sus férreas personalidades, los que ganaron para siempre su interés. Con apenas veinticinco años cumplidos, el futuro autor de *Así habló Zaratustra* impartía sus lecciones sobre historia del pensamiento en la Universidad de Basilea eludiendo entrar en «una relación completa de todas las posibles tesis que se atribuyen a cada filósofo, como acostumbra a hacerse en los manuales»—según sus propias palabras—; y ello porque, en su opinión, el procedimiento contrario conducía a una sola cosa segura: «Al oscurecimiento de lo personal». Y añadía: «He aquí la razón por la que tales exposiciones resultan tan aburridas; y es que lo único que puede interesarnos de sistemas que ya fueron refutados es, precisamente, lo personal».² Con semejante proceder, Nietzsche confiaba en que sus alumnos com-

¹ Véase F. Nietzsche, *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*, a cargo de G. Colli y M. Montinari, Múnich, Walter de Gruyter, 1980, vol. 8 (Fragmentos póstumos 1875-1879), p. 413.

² Véase F. Nietzsche, *La filosofía en la época trágica de los griegos*, trad., pról. y notas Luis Fernando Moreno Claros, Madrid, Valdemar, 1999, p. 31.

prendieran en primer lugar la pasta de la que estaban hechos los grandes hombres, la descomunal talla de los grandes pensadores, cuyas vidas podían ser consideradas ejemplares, antes incluso de que llegaran a comprender sus ideas. Lou Andreas-Salomé, comentarista e intérprete femenina de la filosofía de Nietzsche, se servirá de esta misma fórmula docente e interpretativa al escribir su libro *Nietzsche en sus obras* (1894), en el que explicaba la evolución intelectual del filósofo de Naumburg y sus ideas principales como inseparables de las fluctuaciones de su carácter y de su persona en general.¹

El recuerdo de Nietzsche nos sirve para apuntar que también Schopenhauer concedía suma importancia a la personalidad; su discípulo favorito, Julius Frauenstädt, recogió un comentario del filósofo al respecto: «La mayoría de los libros caen en el olvido porque una impresión duradera sólo la dejan aquellos en los que su autor se halla encarnado por completo en ellos. Esto es lo que sucede en todas las grandes obras: a su través es posible encontrarse con el autor. En *mis* obras estoy yo entero».² Tal vez se encuentre en este comentario la razón más convincente de por qué Schopenhauer nunca quiso que alguno de sus discípulos escribiera su biografía; precisamente, porque creía que su obra proporcionaba un retrato fidedigno y suficiente de él, retrato que decía lo que debía saber el público, al menos todo cuanto el filósofo deseaba que se supiera; por ejemplo, que el autor de aquellas obras tan importantes y tan leídas a finales del siglo XIX era sencillamente un hombre honesto, amante de la verdad, cuya misión fue luchar durante toda su vida por sacar a la luz «la solución del enigma de la existencia», ¡casi nada! Siendo esto así, cualquier otra característica o vicisitud suya le pa-

¹ Véase L. Andreas-Salomé, *Friedrich Nietzsche en sus obras*, trad. e introd. Luis Fernando Moreno Claros, pról. E. Pfeiffer, Barcelona, Minúscula, 2005.

² Citado en E. Griesebach, *Schopenhauer. Geschichte seines Lebens*, Berlín, Ernst Hoffman, 1897, p. 267.

recía secundaria y carente de importancia. En una reflexión consignada en el segundo volumen de *Parerga y paralipómena*, Schopenhauer afirmó que cuantos se ocupan de conocer la vida de un filósofo, en vez de estudiar su pensamiento, se asemejan a aquellas personas que, en lugar de admirar un cuadro, examinan el marco y se interesan por el gusto de su talla o la calidad de su dorado.¹ En esta estela antibiográfica se circunscribe la célebre anécdota referida a Martin Heidegger, el «filósofo del ser», quien al comenzar un seminario sobre Aristóteles solventó la biografía del estagirita limitándose a comentar: «Nació, trabajó y murió». Posturas extremas ambas que contrastan con la de Diógenes Laercio, quien sentó un precedente elocuente e irrevocable en la historia de la filosofía con su obra *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, al narrar los hechos conocidos—o meramente supuestos—de la biografía de los grandes pensadores antiguos a la par que sus ideas filosóficas, entendiéndose que vivir y filosofar constituyen un engarce indivisible. Laercio suponía—tal como Nietzsche varios siglos después—que el conocimiento de la personalidad de quien filosofa, junto con los avatares de su vida, aportan claves y referencias para mejor entender su pensamiento.

El autor de la presente biografía se siente más en consonancia con Laercio y Nietzsche que con Schopenhauer y Heidegger. Las biografías de los filósofos interesan, y mucho; resulta paradójico que esta afirmación sea tan obvia en el caso de Heidegger (sin ir más lejos, su adhesión al nacionalsocia-

¹ Véase P II, cap. III, «Pensamientos sobre el intelecto en general y todas sus relaciones», § 59, p. 90. Todas las citas de las obras de Schopenhauer, salvo indicación expresa, corresponden a la edición de *Sämtliche Werke* a cargo de Arthur Hübscher, cuyos volúmenes se especifican en la «Bibliografía». En el caso de las dos obras principales de Schopenhauer, indicamos su sigla (MRW o PP) seguida del volumen y la página de la edición de *Sämtliche Werke* o, a veces, si la cita es fácil de localizar, sólo del párrafo o capítulo.

lismo o su mezquindad personal no deberían pasar desapercibidas para los estudiosos de su obra), pero también en el de Schopenhauer. El gran filósofo pesimista era un hombre vanidoso en extremo, cascarrabias de carácter terco y obstinado, negativo y furibundo... Qué duda cabe de que parte de su talante personal impregnó su sistema metafísico, al igual que sus reglas de filosofía práctica o «arte de saber vivir». Por eso, acercarse a la vida de Schopenhauer, a los vestigios que nos quedan de ella, aportará a los lectores versados en sus obras la bisagra que les faltaba para ligar vida y filosofía; de este modo, también les será más fácil diferenciar lo humano que caduca de la obra sobrehumana que perdura para siempre. En cambio, para cuantos aún ignoren las claves del pensamiento de este voluntarioso y arrogante filósofo—genio indiscutible del pensamiento—, es lógico suponer que la historia de los avatares de su vida les despierte la curiosidad necesaria para adentrarse en los arriesgados meandros de su obra. Tal es el propósito principal que anima la composición de la presente biografía de Arthur Schopenhauer, en la que también tocaremos puntos clave de su obra, aunque de manera somera e indicativa, lejos de pretender un estudio exhaustivo.

Schopenhauer alcanzó inmensa fama como filósofo antes y después de su muerte. Ideó un sistema filosófico que ocupa un lugar único en la historia del pensamiento occidental debido a su peculiar carácter. Deudor de la tradición filosófica anterior y fiel a ella sólo en parte, dicho sistema supone una ruptura decisiva a partir de la cual nada será igual que antes. Desde Platón, las concepciones filosóficas predominantes en Occidente sostienen que el universo está regido por una razón universal y que es un cosmos ordenado; Schopenhauer trastocó esta tesis al sostener que la sinrazón, lo inconsciente, lo caótico e indeterminado imperan en el universo, que éste poco tiene de cosmos ordenado y mucho de pandemonio; es decir, de totalidad cuya esencia sería la de un ser demoníaco,

absurdo e ilimitado, egoísta, cruel y exento de conocimiento. El filósofo pesimista sostendrá que la razón no se prodiga en el universo, reina en cada uno de nosotros en distintas proporciones, mas no en el ámbito general de la existencia; es sólo un instrumento práctico individual al que debemos acudir si queremos comprender qué mundo habitamos.

Antes de Schopenhauer la razón parecía guiar el universo desde la infinitud del ser y el devenir; éste tenía incluso unos fines que parecían razonables y la vida entera se sometía a razones; después de él y de su desmoche de la razón sólo queda el absurdo: la existencia carece de sentido, se reduce a impulso ciego, a egoísmo inconmensurable, a caducidad sin remedio.

Schopenhauer fue contemporáneo de Hegel, Fichte y Schelling, los adalides del «idealismo alemán», el movimiento filosófico triunfante en Alemania durante la mayor parte del siglo XIX; pero rechazó con vehemencia cualquier asociación de su pensamiento con las ideas de estos autores, de los que siempre procuró distanciarse. Aunque debutó como filósofo en 1819—fecha de la publicación de la primera versión de su obra capital—, en pleno apogeo del idealismo alemán, su pensamiento sólo comenzó a gozar de aceptación en Alemania tres décadas más tarde, precisamente a raíz del declive del idealismo o, mejor dicho, del hegelianismo en cuanto que filosofía universitaria por excelencia y casi hasta doctrina oficial del Estado prusiano. El mencionado declive coincidió con el fracaso de la Revolución de 1848 en Alemania y en Francia, hecho que provocó una oleada de desilusión en los ambientes progresistas e intelectuales y que propició el triunfo del fatalismo y el pesimismo. He aquí también otra razón para no asociar a Schopenhauer con la tríada filosófica mencionada: él fue un contemporáneo de esos tres filósofos, pero su sistema llegó con retraso y saltó a la fama mientras se sepultaba a los anteriores.

Esta tardía influencia de la filosofía de Schopenhauer es

la causa de que en las historias del pensamiento su nombre se incluya junto al de los pensadores postidealistas, críticos con el hegelianismo. Se lo asocia a Kierkegaard y Nietzsche, que tuvieron en común con él la originalidad y la independencia. Lo mismo que a éstos, se lo considera un *Einzelgänger*, un «solitario», un autor que en el camino de la filosofía llega a solas hasta un punto aún no hollado por sus predecesores, y desde el que tiene que trazar su propia senda para conquistar parcelas de seguridad dentro del intrincado laberinto del pensamiento.

Su filosofía, aunque muy personal, es ecléctica, pues debe mucho a los grandes autores de la Antigüedad clásica, desde los presocráticos y Platón hasta Cicerón, Séneca y Epicteto, filósofos a quienes Schopenhauer leyó con fruición en las lenguas clásicas originales. Es deudor, además, de los representantes de la filosofía moderna, Descartes y Spinoza; e, igualmente, debe mucho al empirismo inglés, a los materialistas y sensualistas franceses y a la Ilustración europea en general. A estas influencias hay que añadir otras nunca incorporadas hasta entonces a la filosofía occidental, como el espíritu de los libros védicos y el budismo. El misterioso *Oupnek'hat* o *Upanishad*, en la traducción latina de Anquetil Duperron, fue un libro clave para la evolución espiritual de Schopenhauer; empezó a conocerse en Europa a raíz del éxito de sus obras, y más aún en cuanto se difundió la devoción personal que le profesaba: «Ha sido el consuelo de mi vida y será el de mi muerte», manifestó en *Parerga y paralipómena*.¹

Teoría del conocimiento (gnoseología), metafísica y teoría de la Naturaleza, estética, ética, psicología y, en general, sabiduría vital del más alto rango componen la sustanciosa obra de Schopenhauer, acaso una de las más sugerentes y redondas que cabe encontrar en la historia del pensamiento. Y, como cualquier clásico, sigue siendo actual. A pesar de que

¹ PP II, cap. XVI, § 184, p. 422.

su sistema metafísico pertenece a un pasado filosófico hoy supuestamente superado y su pensamiento se ancle en el prolífico siglo XIX, bien podemos leer sus obras como si fueran novelas metafísicas de las que siempre cabe extraer algo para el presente. Un pequeño ejemplo: el furor que hoy causan las neurociencias, el novedoso e incipiente estudio del cerebro, tiene un claro predecesor en Schopenhauer. Éste formuló un aserto que habrá dejado perplejos a los neurobiólogos: sostuvo que el mundo de la representación—de lo que conocemos y percibimos—se halla en nuestros cerebros, es literalmente «un fenómeno cerebral».¹ Aparte de esto, que es anecdótico, Schopenhauer se erigió en abanderado teórico de la caridad y la solidaridad con todos los seres que sufren en el mundo; sentó las bases filosóficas de una ética tan lógica que su aplicación generalizada garantizaría la larga vida de nuestro planeta y de la humanidad entera durante milenios. Sólo por esto último ya merecería ser recordado en la actualidad. En suma, su obra ha pasado a la historia de las ideas como hito fundamental de nuestra cultura, de ahí la oportunidad y vigencia de conocer su biografía. Lo que Schopenhauer no reveló sobre sí mismo en sus obras podemos hoy contarlos sus biógrafos. Desde la distancia del tiempo imaginamos a aquel hombre singular y estrambótico con sus peculiaridades, recordamos sus logros y tratamos de presentar al hombre de carne y hueso que fue aquel Arthur Schopenhauer, genio filosófico doliente y finalmente reconocido.

¹ PP II, § 29.